



## “UN ARBOL SOLO”

De Jesús DELGADO VALHONDO

Institución Cultural Pedro de Valencia. Badajoz, 1979.

**L**A poesía extremeña está abierta por muchos costados peninsulares, pero su «proceso» apenas aparece entre los movimientos de la historia de la posguerra. Ni en Cáceres ni en Badajoz, no existió una revista-manifiesto con suficiente garra —como «Espadaña», en León; o «Cántico», en Córdoba; «Proel», en Santander, etc.— y esa es una factura negativa que le han pasado luego los críticos y exégetas. Recuerdo algún intento con «Arcilla y Pájaro», de Prudencio Rodríguez. Y se acabó. Todo lo cual no obsta para que la lírica extremeña exista —y se evidencie como ocurre ahora con los poetas jóvenes— con auténtico interés. Quedan prendidos algunos nombres importantes, como el tremendista Manuel Pacheco, el formalista Juan Solano. Y, desde luego, el entrañable, limpio, hondo, transparente, de gran finura impresionista, Jesús Delgado Valhondo. (Valverde y Grande, aparte.)

El peso muerto, la fosilización regional que los «dii» extremeños de comienzos de siglo comportaban —Gabriel y Galán, Luis Chamizo, con sus valores indudables, pese a lo ambiguo de una maltratada estética—, fue desapareciendo lentamente. Contribuyó a ello el violento «sed contra» de Pedro de Lorenzo, de un escritor, poeta en prosa él mismo, en «Tu dulce cuerpo pensado», que con su asepsia higiénica raspó toda la grosura que un campo de encinas y alcornoques, toros bravos, cacerías de Covarsi y bodas de pueblo de Eugenio Hermoso habían comprometido la estética extremeña.

Delgado Valhondo partía ya en sus primeros libros con el aval de Juan Ramón Jiménez, que alabó cumplidamente «La esquina y el viento», obligando a que su nombre alcanzase relieve nacional. Nacido en Mérida, con estudio de Bachillerato en Cáceres, nada de lo fundamentalmente extremeño le es ajeno. Lo que en vez de rehiletearlo como un poeta de corte regional asciende a un etendimiento esencial de la poesía y de la tierra. Delgado Valhondo —que últimamente ha cultivado el cuento con una calidad indiscutible— ha pasado por ser un lírico expresivo, de arraigada melancolía y de temática variadísima, según exhibe en sus libros «Hojas», «El año cero», «La esquina y el viento», «La muerte del momento», «Canto a Extremadura», «La Montaña», «Aurora, amor, domingo», «Primera antología», «El secreto de los árboles», aparte sus libros de narraciones «Yo soy el otoño», «Ayer y ahora»...

Su nuevo libro «Un árbol solo» más que romper reestructura en visión y lenguaje su mundo impresionista y lírico, en un cambio que no es una ligera pirueta menos. A sus setenta años, el poeta emeritense ha realizado una «meditación» elemental, casi como la de un padre Illescas, y que trasciende su existencia al margen de anteriores melodías y colores. En «Un árbol solo», a la vez que la quitaesencia de su estética, realiza la contracción y la refracción de su vida en la soledad.

Delgado Valhondo es un árbol solo, que es tanto como decir un hombre solo, una Extremadura sola, pues todos esos estratos admite la lectura del libro. El lírico ha trocado su impronta impresionista más o menos habitual —es imposible seguir al día la trayectoria de un poeta del que prácticamente desconocemos todos sus libros— por un espontáneo expresionismo y, desde luego, por una acética expresividad, que tiene, eso sí, una tradición casi religiosa. En las tres partes de «Un árbol solo» se realiza, a cuenta del hecho de que el poeta es un pararrayos de Dios, o una torre de marfil



J. Delgado Valhondo

estética, una experiencia mística. La Naturaleza y la Historia conjugan en el verso valhondiano una vía experiencial y existencial cercana a lo que con lenguaje sanjuanista podríamos hablar de una «noche oscura» o con expresión teresiana un «castillo interior». Hay, desde luego, en estos poemas una severidad de trazo, una buscada austeridad, que no desmienten el «paisaje» o la «composición de lugar», para que el madurísimo y austerísimo que es hoy Jesús Delgado Valhondo contribuya a la eficacia interiorizadora. En su poesía el tono lo da Zurbarán, aunque la temática pueda extraerse de un Valdés Leal moderado, fuera de ninguna crispación. Delgado Valhondo es un poeta humano, solidario, religioso por tanto, que carga sobre sí mismo, transustanciando en su persona y en su alma, el hombre y el campo que contornea su alrededor.

«Un árbol sólo», es, por otra parte, una parábola clarísima, en cuyas tres partes Delgado Valhondo se desnuda y se confiesa como si fuese a prepararse a bien morir. El libro es, en definitiva, una queja personal que abarca por intensidad y raíz, el grito de una tierra sola, la soledad de una región abandonada. No quisiera que estas generalizaciones entorpecieran la lectura del libro, ajeno por completo en primera instancia a toda denuncia sociológica. Es la de Delgado Valhondo una gran idea lírica que desarrolla con total coherencia y maestría. En la primera parte, «Desnuda soledad», justifica su existencia regresando a sí mismo, connotándose de su autenticidad, en lo que sigue a Luis Cernuda cuando dice que la soledad no se puede llenar si no es consigo mismo.

Nunca llega a un pesimismo inane. Pero en todo caso en la segunda parte de «Soledad habitada» se justifica como hombre de nuestro tiempo, pues no oculta la noticia de ser hombre solo, de ser fruto enterrado bajo tejas. Una declaración como la suya cuando dice que es «muriendo donde vivo» y que «vive donde muere su palabra», prueba su calidad de poeta existencial y de lírico moderno. En suma, de poeta solidario que sale a las plazas, al encuentro de las gentes —incluso abriendo su puerta a los fantasmas— para que acudan a su lado.

Por último, en esta ascensión a la soledad, apoyada en un estilo óseo y casi de vértebra o esquinla lingüística, se une a los demás hombres participando en sus alienaciones y alegrías, aturdiéndose un poco, pero consolándose porque «nos hundimos juntos, nos perdemos juntos». Un poeta tan entero simbolizado en un árbol de tantas ramas no se esconderá jamás y arriará su hombro con el de los demás. La poesía valhondiana es de algún modo antirrealista, esencialista —que no es lo mismo que irracionalista— pues su irrequieta humanidad agustiniana no le dejaría otra opción tópicamente «literaria». En todo caso, el libro es importante, y su primera parte, «Desnuda soledad», rigurosamente definitoria.—Florencio MARTÍNEZ RUIZ.

### CRITICA BREVE

#### «TESS, LA DE LOS D'URBERVILLE»

(Una mujer pura)

De Thomas HARDY. Traductor: M. Ortega y Gasset

Alianza Editorial, 1979. 500 págs.

Esta novela ha inspirado a Polansky su reciente película del mismo título, aún no estrenada en España. Thomas Hardy creó en ella un relato radicalmente pesimista, con grandes claros luminosos esperanzados, en medio de una dura y gozosa naturaleza. De ahí su vibración humana, que explica en gran parte el éxito que tuvo al publicarse y su permanencia en la literatura universal. En «Tess la de los d'Urberville» la pureza y el amor subsisten hasta el final, aunque maitrechos por la abominación. La novela es una sucesión de frustraciones en la existencia de la protagonista; las más crueles son: su seducción, la pérdida del hijo, el matrimonio de amor no consumado, la vuelta del seductor y la unión en circunstancias trágicas con el marido, interrumpida pocos días después por un final legal inexorable; la injusticia está en las circunstancias que acosan a un ser desamparado, compendio de perfecciones morales y físicas. El destino, la fatalidad —palabras, con sus variantes, que van atrozando al lector— se ensaña una y otra vez con la heroína. Los presagios nefastos directos o simbólicos subrayan el fatalismo. El pesimismo de Schopenhauer influyó en el autor inglés.

Hay, partiendo de una crisis de fe protestante, una gran carga de incredulidad, algunas veces explícita; sólo parece salvarse en ocasiones un cierto deísmo rousseauniano en la persona del marido. Y, por supuesto, la caridad, como en Zola y otros novelistas de la época naturalista. Zola y Hardy son rigurosamente contemporáneos. El naturalismo del inglés está lejos de hacer de él un simple discípulo de aquél: si el «fatum» ambiental, sobre todo, y el hereditario tienen algún papel en el desarrollo de los acontecimientos, el destino ciego se sobrepone absolutamente y es presentido como en la tragedia clásica. No es esa la mayor diferencia con Zola, donde la fatalidad cuenta más de lo que él mismo dijo y se ha venido aceptando, sin distinguirla del determinismo. Las descripciones de Hardy, impresionistas, son muy breves. En él, como en los maestros españoles de la época, es elemento principal el costumbrismo pintoresco local; las fuerzas de la Naturaleza y lo instintivo en particular también anonadan al hombre, como en Zola; pero no se produce el simbolismo visionario del autor francés. Caracteriza a «Tess...» el constante claroscuro hasta la consumación total, ya sin esperanza. Está matizada por un realismo suavemente idealizado.

Prosa sencilla, con imágenes claras tomadas de la Naturaleza («ligeras como una ola»). Pero lo culto aflora acá y allá (cita a Velázquez, a Pascal, etc.).

Hardy domina los recursos de la narración, por lo que mantiene el interés del lector. Como todos los grandes novelistas de la época, supo competir con el folletín, utilizando con arte fórmulas de éste (sentimientos extremados; contrastes violentos; inverosimilitudes, etc.). El folletín, al fin y al cabo, no inventó nada, sólo simplificó y exageró hasta la caricatura, técnicas de los grandes narradores.

La traducción está en un digno y variado castellano del que Carmen Criado ha conservado al revisarla ciertas construcciones, como la frecuente posposición de pronombres, que la aproximan con acierto a la época del original.—Luis LOPEZ JIMENEZ.